EN TORNO A UNA CARTA DESCONOCIDA

LAS TRADUCCIONES DE MENÉNDEZ PELAYO

En el ejemplar de la Biblioteca Nacional de un viejo periódico, del que luego precisaremos título y fecha, hemos podido leer recientemente una carta de don Marcelino Menéndez Pelayo, donde exige la rectificación de ciertas falsas atribuciones hechas a su persona por la redacción de *El Liberal*.

Parece ser que esta carta ha quedado desconocida hasta el momento. Sin embargo, contiene una sabiosísima polémica sostenida por don Marcelino a sus veinticinco años. Se le negaba su inspiración de poeta y su buen gusto de traductor. En torno a este punto quisiéramos detenernos un tanto, complacidos de ver cómo Menéndez Pelayo se las hubo con el esquivo y reticente Horacio, mal avenido con la parletera lengua castellana.

Menéndez Pelayo comenzó a estudiar los latines en 1866, con sus diez años de inteligente y extraordinaria niñez laboriosa. Don Francisco Ganuza le iba iluminando los ojos con aquellas declinaciones garrapateadas con tinta oscura bajo el ambiente recogido del caseretón del Instituto. Es de suponer que aquel admirable chiquillo comenzara a traducir los trozos enrevesados del venusino como ejercicio escolar. Admitiendo su extraordinaria capacidad de estudio, podemos suponerle traduciendo a Horacio en su tercer curso de Bachiller, a los doce años cumplidos. Tales traducciones se han perdido, o bien en el desván desvalijado de su antigua casa, o en la papelera de su amable profesor, un tanto uraño de cuadernillos y garabatos. Tal vez pudieran haberse que-

dado entre los papeles de aquellos complacientes señores que le llamaban Marcelinito.

Sus primeros trabajos, setiembre 1869 —trece años—, son totalmente ajenos a tareas de traducción. Hacia el año 1870, comienza a trazar unos apuntes sobre Séneca. Podemos suponer que tradujera algo de tal autor.

Con sus quince años, romántico y estudión, llega don Marcelino a Barcelona. Por aquel entonces su poema *Don Alonso de Aguilar* refleja más bien el entusiasmo épico de Virgilio, de un Virgilio romántico claro está, que no el apasionamiento sereno y calculado de un Horacio, lleno de vida. Con esa misma feccha de 1871, traduce a Virgilio, égloga VIII, y a Ovidio, fábula de Píramo y Tisbe. Son sus primeras traducciones conocidas hasta el momento.

Mocetón y universitario, nuestro don Marcelino repasa las hojas de Pellicer sobre Traductores. En estas circunstancias de estudiante florido en la Universidad de Barcelona, es cuando Menéndez Pelayo se decide por los estudios de investigación, sin olvidarse de sus entusiasmos poéticos. Sin duda la abundancia de traductores horacianos en el catálogo de Pellicer, le sugiere a don Marcelino la idea de un estudio sobre el tema particular de Horacio.

En sus ejercicios para el Premio Extraordinario, 1872, dieciséis años, vemos la insistencia de Menéndez Pelayo sobre Séneca. Es casi indudable que entonces sus trabajos de traducción versaran sobre las *Tragedias* del sabio estoico. Véase su trabajo sobre *Poetas trágicos latinos*, setiembre de 1872. (E. N.)

Entre sus estudios bibliográficos para la *Biblioteca de Traductores* encontramos notas sobre Arias Montano y Mariner, 1873. Pero sus primeros ensayos definitivos son los que presenta al Concurso de la *Ilustración Española y Americana*. Están firmados en diciembre de 1873 y Marzo de 1874. Versan sobre Pero Mexía, Pérez de Oliva y *Traductores de Horacio*. Casi barbilampiño aquel *mozuco*, comen-

zaba de veras a jugar a investigador. El trato con aquellos profesores catalanes, muy a la *europea*, y el ambiente inquieto de la juventud universitaria en Barcelona, dejaron para siempre en don Marcelino un amor codicioso de datos positivos, densos, enérgicamente entrelazados.

Recién llegado a Madrid, paseaba sus horas por las entrecalles de San Bernardo y el Paseo de Recoletos. Aquel Madrid de conserjes, cocheros y literatos, fué metiéndole entre libros cada vez más hondos y prietos. Sin embargo, el trato con sus traductores no le arrastraba impulsivo a la traducción personal de su Horacio inevitable.

A aquellos sus tres primeros trabajos de investigación se hallaban vinculadas fundamentalmente sus dos grandes *Bibliografía de Traductores* y *Bibliografía Hispano-Latina*. Esta ambigua ordenación, ya en sus orígenes, ha sido una de las causas más graves de esa inacabada tarea de don Marcelino. La verdad es que tanto las fichas sobre traductores, como los trabajos preparatorios de la *Bibliografía Hispano-Latina* son simultáneos. Tan es así, que en estos sus primeros años de vida intelectual, don Marcelino trabaja a un mismo tiempo y con máximo interés sobre los traductores en fichas alfabéticas, y sobre Horacio, como tema de traducción.

De 1874, todavía con diez y siete años, se conserva la traducción de Tíbulo. Sin embargo, es don Marcelino, a esos años, un entretenido universitario que ha de repasar notas y más notas para poder obtener la Licenciatura. Un percance con Salmerón, le obliga a refugiarse en Valladolid. Es en este momento cuando Menéndez Pelayo se ve obligado a reflexionar sobre la vida entrecortada y picaresca de los *intelectuales*. No es suficiente estudiar y examinarse, es necesario vivir, y vivir despierto, agresivo, cauto. Su amistad con Laverde le hace ahondar en sus anteriores proyectos. Los traductores se mantienen interesados, pero parece que don Gumersindo le anima, un tanto en demasía, hacia la traducción directa de griegos y latinos. Cumple sus

diez y ocho años y se da de lleno a sus notas de Bibliografía. Es a comienzos de enero de 1875, cuando se dedica entusiasmado a la tarea geroglífica de la traducción. Los griegos son su preferencia: Safo, Erina de Lesbos, Píndaro, Anacreonte, Teócrito, etc. De los latinos, también se acuerda: por marzo, de Ovidio; en junio, de los portugueses Becage y Almeida; en julio, de Catulo, y por fin, de Horacio en sus odas XII y V del libro I sucesivamente. En agosto, mientras se pasea a orillas del mar por la Magdalena, o sentado al borde de las rocas en Piquío, traduce el *Himno*, de Prudencio, como un preludio a sus *Heterodoxos*. Las primeras brumas de setiembre, le incitan a los *Sepulcros* de Hugo Fóscolo, para continuar, al caer del cansado año, con el Ciego y Neera, de Chenier, y el tosquísimo epigrama de Luciano.

Y en medio de esta exaltación poética de traducciones, don Marcelino Menéndez Pelayo se había hecho Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid. Sus traductores y los escritores montañeses volvieron a absorberle, y a sus diez y nueve años, sólo de cuando en cuando, retorna a sus latinos. El *Carmen saeculare* le entretiene, y algo de su vida nos la refiere su correspondencia con Laverde.

Existe de este tiempo una ficha *Menéndez Pelayo*, Marcelino, redactada por su autor. (E. N. tomo LVI, pág. 157).

Es verdad que en esta su autocrítica, omite traducciones que tenía ya transcritas: una de Luciano, dos de Bocage y Almeida, y la más antigua de Ovidio, *Fábula de Piramo y Tisbe*, y lo que más nos causa admiración, el *Carmen saeculare*, de Horacio.

En agosto de este año, 1876, se decide a refundir su primitivo ensayo sobre traductores. Para ello, ruega a la *Ilustración Española y Americana* que le remita su primitiva redacción. Sus ideas sobre Horacio habíanse transfigurado en algo mucho más profundo y ponderado.

Don Marcelino cercenó el prólogo, bajando el timbre declamatorio de su clasicismo renacentista, acentuando su positivismo erudito. Por inédito transcribo aquella su ingenua y amable introducción: «Apenas

brilló la aurora del Renacimiento y se comenzaron a estudiar las obras clásicas de griegos y latinos, los más esclarecidos humanistas consagraron sus tareas al estudio e ilustración del poeta venusino, ùnico lírico que la triunfadora Roma podía oponer a la vencida Grecia. Dedicáronse sus primeros trabajos a multiplicar las ediciones de sus obras y a purificar los textos, no poco viciados por la ignorancia y negligencia de los siglos medios. Vinieron los gramáticos, escoliastas y comentadores, que en difusas notas, escolios, comentarios e ilustraciones intentaron poner en claro los lugares oscuros del poeta, sin conseguir, muchas veces, más que embrollar el texto original con sus voluntarias enmiendas y descabelladas interpretaciones. A los antiguos glosadores Servio, Acron, Porfirio, sucedieron Aldo y Paulo Manucio, Erasmo, Mureto, Lambino, Cruquio, Torrencio, Glareano, Mancinelio, Escalígero, Rodelio y tantos otros italianos, franceses y alemanes. Unos, como lo hicieron más tarde Bentley y Cuningham, se dedicaron a la corrección del texto, y, entre muchas variantes acertadas, propusieron otras ridículas e inadmisibles. Algunos, como Julio César Escalígero, hicieron observaciones críticas más o menos acertadas, y otros, en fin, pretendieron aclarar especies, explicar alusiones, interpretar pasajes dudosos por medio de notas históricas y gramaticales, ahogando muchas veces al poeta bajo el peso de una erudición indigesta y haciéndole decir cosas en que jamás había pensado. En Italia, en Alemania, en Francia se hicieron repetidas versiones en prosa y algunos poetas trabajaron en verso las odas, sátiras y epístolas o las imitaron en sus poesías originales. No fué la última en estos trabajos la patria de los Nebrijas, de los Vives, de los Brocenses y de los Abriles». (Autógrafo en la Biblioteca de Menéndez Pelayo).

Don Marcelino a sus veinte años creía que tal tono era un tanto subido, y por eso puso esta otra redacción, que por ser igualmente inédita en la E. N., traslado para deleite de los que gozan al ver estas jugosísimas variaciones del maestro:

«... Comenzaba la lucubración antigua con una especie de pintura del Renacimiento, que hoy suprimo porque supongo a los supradichos leyentes harto ilustrados para no ignorar ninguna de las cosas que allí apunté acerca del entusiasmo con que en aquella era feliz se cultivaron los estudios clásicos, sobre la influencia soberana ejercida por éstos en la poesía moderna y sobre otras materias semejantes que pueden y deben pasar por lugares comunes. Tampoco ofrecería novedad alguna la indicación de las principales ediciones horacianas, desde la de Venecia de 1478 hasta la última que haya salido de las prensas de París o de Leipzig, ni el catálogo de los comentadores, escoliastas, ilustradores y críticos del venusino, grey innumerable que comienza en Acron y Porfirio, continúa en los Manucios, Erasmo, Mureto, Lambino, Cruquio, Torrencio, Glareano, Mancinelio, Escalígero, Rodelio, Sanadon, Dacier, Desprez, Bentley, Cuningham... y se prolonga hasta Walckenaer y otros modernos, franceses, ingleses y alemanes. No diré una palabra de los que dedicaron su estudio a la depuración de los textos, ni de los que gustaron de introducir osadas variantes, ni de los que hicieron observaciones gramaticales, ni de los que explicaron alusiones, interpretaron pasajes dudosos y acumularon, sin utilidad a veces, notas tan eruditas como farragosas. Huiré absolutamente de tales preliminares, ya que cuanto yo pudiera decir y algo más, puede verlo el curioso en la *Biblioteca latina* de Fabricio y en otros libros posteriores, y entraré de lleno en el asunto, que no es hablar en general de intérpretes y comentadores de Horacio, sino únicamente de los castellanos...» (*Horacio en España...*, Madrid, 1877, págs. 10 y 11).

Refundió muchísimo su trabajo primitivo, y a sus 57 autores iniciales, añadió 36, además de un estudio verdaderamente admirable del influjo de Horacio en nuestra literatura peninsular. Y aquel hombre, a sus veintiún años no cumplidos, publica el libro más deleitoso para la aterida erudición española de aquel momento.

Con este año de 1877, podemos dar por concluída esa su primera

etapa inicial. Don Marcelino va poco a poco transformando sus ideas de adolescente, estudiante al fin y al cabo, por las de un joven opositor al Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios. Sus ilusiones poéticas se diluyen amigablemente, y sus traducciones pierden aquellos sus años breves de 1875-1877. De tarde en tarde se van arrinconando entre las carpetas las hojas cargadas de apuntes y de recuerdos. Por fin, en el año 1878, sus estudios poéticos acogen las traducciones de Horacio en amable compañía con sus odas originales, y entre ellas, sobre todo, su *Epístola a Horacio*.

Esto así, se quedó adormecido y plácido durante tres años, hasta el venturoso de 1881. Don Marcelino se había dado muchísima prisa: profesor, académico, intelectual de empuje y con ribetes de luchador.

El Brindis del Retiro, *Calderón y su Teatro*, su amistad con los Pidales, lider intelectual de la Unión Católica, no podían dejarle tranquilo; y sobre todo era inevitable discutirle a sus veinticinco años.

En la *Revista de Madrid*, agosto de 1881, había escrito don Marcelino sus *Adiciones* a Horacio, complacido en sus antiguos recuerdos.

En este punto y hora surge la polémica con *El Liberal*, a la que referimos nuestro intento.

Con fecha del 14 de enero de 1882, se publica en aquel periódico un artículo amargo en demasía. Dice así:

«DESAGRAVIO LITERARIO.

El movimiento literario de España, según Mr. Leger.—Opiniones del mismo acerca de los señores Núñez de Arce, Menéndez Pelayo y Valera.—Las traducciones del señor Menéndez Pelayo.

Es proverbial la ligereza con que los escritores franceses se ocupan en nuestros asuntos. Aun cuando se proponen hablar bien de España y de los españoles, cometen errores de grandísimo bulto. Todo el mundo conoce la *Historia de la Literatura Contemporánea de España*, de Mr. Hubbard, plagada de equivocaciones, que el malogrado e inolvidable Revilla puso de relieve, advirtiendo y agradeciendo el buen deseo del autor.

Otro tanto debemos hacer hoy nosotros con un artículo que ha dado a luz en *Le Telegraph* de París Mr. Luis Leger, reproducido por *El Correo*. El artículo es bien intencionado porque se consagra a exponer el brillante movimiento literario de que es hoy teatro España; pero revela que Mr. Leger no conoce ni aprecia bien ese movimiento, por lo cual no es extraño que cometa verdaderas y lamentables injusticias.

Para Mr. Leger ese movimiento está personificado en tres escritores de indiscutible fama: los poetas señores Núñez de Arce y Menéndez Pelayo y el novelista y crítico señor Valera. Mr. Leger no conoce otros, o cuando menos no habla de ninguno más. Su silencio necesita, reclama alguna rectificación.

Desde luego, nosotros estamos dispuestos a suscribir todos los elogios que prodiga al señor Núñez de Arce. El señor Núñez de Arce es, con efecto, uno de nuestros mayores y más inspirados poetas. Pero no es el único digno de ser conocido en Europa.

Cuando se habla de poetas españoles contemporáneos no es justo prescindir de Zorrilla, ni de Campoamor, cuya obra originalísima, informada del sentido realista que inspira todo el arte contemporáneo, le coloca tan en primera línea, que no conocemos nosotros ninguno francés coetáneo que le supere o iguale.

En cuanto al señor Valera, es cierto que merece elogios como crítico y como novelista; pero son mejores novelista que él Pérez Galdós y Alarcón, y han influído más y más legítimamente en el gusto de nuestro público Canalejas y Revilla. Olvidar a éstos para nombrar a Valera, es también injusto. Lo sería colocarlos por debajo del autor de *Pepita Jiménez*, al que superan por más de un concepto, en nuestra opinión y en opinión de las gentes que se consagran a estos estudios.

Pero donde la injusticia y el error resaltan más, es en lo que monsieur Leger afirma del señor Menéndez Pelayo. Ya demuestra conocerlo algo al afirmar que el joven catedrático de la Universidad Central carece por completo de originalidad. No es ese su único, ni acaso su principal defecto.

El señor Menéndez Pelayo no es un poeta, ni aquí nadie cree que lo sea. El tomo que hace algún tiempo publicó de sus ensayos, no le ha conquistado semejante derecho. Menos puede reconocérsele después de leer las traducciones de Horacio, que está dando a luz en la *Revista de Madrid*, con escarnio del buen gusto y para mengua de nuestro renombre literario. Y esas traducciones merecen censura bajo distintos puntos de vista. La mayoría de ellas lo son de piezas hace tiempo traducidas por don Javier de Burgos, por don Alberto Lista o por otros maestros insignes. Eso debía bastar para que el señor Menéndez se abstuviera de traducirlas. Pero la vanidad que le han inspirado algunos amigos imprudentes con sus elogios indiscretos, le hacen creer sin duda que no hay traducción digna de elogio o capaz de competir con las que él haga.

Abroquelado tras esa idea acaba de dar a luz en la indicada publicación dos de esas composiciones. Una de ellas es la oda VI del libro II *A Septimio*, que empieza «Septimi, Gades...» Esta oda, según testimonio de los mejores críticos, es una verdadera maravilla, porque sus versos tienen armonía extraordinaria, porque sus imágenes encantan por la delicadeza y variedad del colorido y porque su expresión es de una suavidad voluptuosa incomparable. Pues bien; con todo ese conjunto de primores, el señor Menéndez ha hecho una obra de tanta dureza, de giros tan violentos y prosaicos, que resulta o ininteligible o áspera y repugnante. Y a fin de que se vea que no exageramos, he aquí la traducción que el señor Menéndez acaba de publicar de sus más bellas estrofas:

Aquel espacio de la tierra amado
Me es sobre todos, cuya miel no cede
A la de Himeto, ni a la de Venafre
Cede la oliva.
Allí ni frío ni calor sobrado
Envía Jove, y del Aulón las cepas
No rinden parias a las de Falerno

Viñas famosas.
Aquellos sitios y viciosos montes
A entrambos llaman, donde con amargo
Llanto, Septimio, riegues las cenizas
Del caro amigo.

Si el señor Menéndez carece de la inspiración necesaria para verter al castellano obras como ésta, ¿por qué se empeña en conseguirlo? Se explicaría que lo hiciese si esa oda no estuviera traducida a nuestro idioma; pero es indisculpable su conducta cuando poseemos una traducción tan bella, tan esmerada y tan concienzuda como la de don Javier de Burgos, el cual en el tomo I de sus *Poesías de Horacio* nos ofrece la versión de esa misma pieza. Para que se aprecie la exactitud de nuestros juicios, he aquí de qué distinta manera traduce el señor Burgos aquellas mismas estrofas:

Que sobre todos el lugar me agrada,
Donde a la oliva de Venafro verde
La oliva iguala, y a la miel suave
La Atica cede;

Y dulce invierno y larga primavera
Envía Jove, y el Aulonio fértil
No envidia el vino que Falerno ufana
Rico posee.

Feliz asilo que nos llama a entrambos:
Allí deseo que con llanto ardiente
Del vate amigo las cenizas tibias
Pío tú riegues.

Quien traduce así puede llamarse poeta; no el que lo hace como el señor Menéndez. Otras veces el señor Menéndez, incapaz de remontarse a más elevada esfera, incurre en plagios verdaderamente deplorables, y en prueba de ello he aquí su versión y la de Burgos de la pri-

mera estrofa de otra oda, la XIX del Libro II, *A Baco*, que empieza: *Bacchum in remotis...*

Versión del señor Menéndez, hecha en 1881.

A Baco entre peñascos escondido,
Creedlo, venideros,
Vi cantar, y sus versos aprendían
Las Ninfas, y arrobados los sentidos,
Los caprípedos sátiros le oían.

Versión del señor Burgos, hecha de 1820 a 1823.

A Baco entre peñascos escarpados
(Creedlo venideros)
Ví cantar y aprendían
Las Ninfas sus canciones, y arrobados
Los caprípedos Sátiros le oían.

La última estrofa de esta misma oda que es notabilísima, prueba hasta que punto era el señor Burgos buen poeta, y cuán falto de inspiración y de estilo poético se encuentra el señor Menéndez. El señor Burgos la traduce así:

Adornado de cuerno refulgente
Te ve manso el Cerbero;
Y al partir tus pies toca,
Y la cola agitando suavemente,
Los lame humilde con triligüe boca.

He aquí esa misma estrofa traducida por Menéndez.

A ti con cuerno de oro refulgente
Manso te vió el Cerbero,
Y la cola suave retorciendo,
Con la trilingüe boca humildemente
Lamió tus pies y piernas en saliendo.

Dudamos que sea posible escribir nada más prosáico y vulgar que

esto, ni maltratar más al pobre Horacio. Pero ese es y así escribe el señor Menéndez, a quien el carlismo ha formado entre nosotros una especie de leyenda. La crítica logrará desmentirla, como ha conseguido que se desvanezcan tantas otras, cuando demuestre que el señor Menéndez, como crítico, no es otra cosa que un frívolo y ligero repetidor de lugares comunes; como hombre de ciencia y de doctrina, un apasionado sectario de la escuela ultramontana, cuyas preocupaciones convierte en principios, y como escritor y publicista, un espíritu falto, hasta hoy, de condiciones para crear o producir nada propio, personal o característico, sino son las exageraciones y extravagancias con que pretendió distinguirse en el centenario de Calderón de la Barca. Esta es la verdad, que advertimos a Mr. Leger, para que otra vez no se equivoque tan lastimosamente.

(De *El Liberal*, de Madrid, año IV, núm. 925, 14 de enero de 1882, páginas 2.ª y 3.ª).

Mala era la traducción y en ello se goza el habilísimo crítico de *El Liberal*. Aquella sagacidad que las pasiones políticas pone en trance de sarcasmo, le hacía recrearse al articulista, que había tropezado con la venganza de un mal poeta.

El párrafo final debiéramos omitirle en gracia al decoro de los españoles, que a veces perdemos inconcebiblemente la cabeza cuando se mezclan intereses de partido y obcecaciones de ideas.

La réplica de don Marcelino no se hizo esperar, y al día siguiente publicó en el mismo periódico estos párrafos, que hoy nos asombran y hasta cierto punto nos llenan de sonrojo:

A VUELA PLUMA.

Carta del señor Menéndez Pelayo.

Involuntariamente, al escribir estas líneas, ha venido a nuestra memoria el recuerdo de lo que nos sucedió hace algún tiempo con cierto colaborador de la *Revista de España*. Era un escritor político muy conocido en Madrid, que dió en firmar sus crónicas del interior y del

extranjero para aquella revista con el nombre de Angel de las Heras. Todo el mundo estaba en el secreto; todos repetían su verdadero apellido; todos conocían y descifraban el pseudónimo, sin que nadie lo contradijese; pero nos atrevimos nosotros a hacer una indicación pública en *El Liberal* sobre el hecho, y entonces el pseudónimo desapareció, y vino a visitarnos una persona que decía llamarse don Angel de las Heras, y que nos trajo unas tarjetas raspadas como prueba de la verdad de lo que afirmaba.

Nosotros sabíamos que don Angel de las Heras no existía; pero ¿qué íbamos a oponer a la afirmación del que aseguraba llamarse de esa manera? Nos callamos, y la cuestión terminó ahí.

Lo que ahora nos sucede con el señor Menéndez Pelayo es también extraño. El señor Menéndez Pelayo es, como todo el mundo sabe, traductor de Horacio, comentador de Horacio, crítico de los traductores de Horacio, admirador entusiasta de Horacio... le ha consagrado gran número de sus trabajos de crítica y bibliografía y traducido al castellano varias de sus composiciones. El señor Menéndez es, además, redactor de la *Revista de Madrid*.

Nosotros, pues, dadas sus aficiones a Horacio y estas circunstancias, al ver en la *Revista de Madrid* algunas odas de Horacio traducidas y firmadas con una M. dijimos: ¡Estas son del señor Menéndez Pelayo! Nada más verosímil, más natural. Pero esto no sólo lo creímos nosotros; lo creyeron cuantos se ocupan en ese género de trabajos y los siguen con cierta atención. En el Ateneo, en las redacciones de los periódicos, entre los literatos de todas las aficiones, se daba por supuesto que el señor Menéndez Pelayo ocultaba con la modesta M. su nombre al traducir a Horacio en las páginas de la *Revista de Madrid*. Partiendo de este supuesto, tan racional y fundado, ayer al escribir nuestro artículo *Desagravio literario*, en que contestamos a Mr. Leger, afirmamos que el señor Menéndez Pelayo era autor de aquellas pésimas traducciones.

Cuál no sería nuestra sorpresa al recibir ayer, también por la tar-

de, la siguiente carta del señor Menéndez, que, en prueba de imparcialidad, reproducimos íntegra y que dice así:

«Sr. Director de *El Liberal*.

Muy señor mío: Escudado con el derecho que la ley de imprenta me concede, ruego a usted que haga insertar en su periódico la siguiente rectificación al artículo que contra mí ha publicado en el número 925 de su periódico:

Afirmo bajo mi palabra de caballero que no es mía *ninguna de las traducciones de Horacio publicadas en la «Revista de Madrid»*. Yo firmo siempre todo lo que escribo, y respondo de todo lo que escribo y firmo. Sépalo desde luego *El Liberal*, y cuando quiera censurarme, acuda a mis escritos impresos *todos* con mi nombre.

De usted siempre afectísimo s. s. q. s. m. b.,

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO.

P. D. Nunca he traducido más odas de Horacio que las que están en mis poesías, donde todo el mundo pueda verlas hoy».

Después de esta carta nada podemos decir. El señor Menéndez Pelayo niega que haya escrito esas traducciones y se las echa completamente encima al redactor de la *Revista de Madrid*, señor M., cuyo nombre no habría estado de más añadir para que la posteridad sepa bien a quién ha de atribuirse la responsabilidad de los desafueros literarios que ayer denunciamos.

¿Quién será el señor M.? De temer es que no llegue a averiguarse. Averíguese o no, esa es cuestión que no importa mucho. Más importa consignar que esta pequeña averiguación no modifica en nada nuestros juicios sobre el señor Menéndez. Si él no es traductor de aquellas odas, merece serlo, porque a nuestros ojos ha sido siempre tan poco poeta como el señor M.

Para probárselo, para demostrarle que ha hecho mal en traducir a Horacio —estando Horacio tan bien traducido a nuestro idioma—, para probar que lo traduce con menos inspiración, soltura y brillo que don Javier de Burgos, hemos acudido a sus *Estudios poéticos*, en los cuales hay algunas versiones de piezas del poeta venusino.

Hemos hallado, entre otras, la de la oda V de Horacio *Quis multa gracilis*, de la que dice Escalígero que es un puro néctar y Dacier entiende que es la más limada de su autor. Han puesto esta oda en versos castellanos fray Luis de León, el Brocense, Lupercio de Argensola, Villegas y alguno más. Don Javier de Burgos, por de contado. Véase en qué forma lo ha traducido el señor Menéndez:

¿Qué tierno niño entre purpúreas rosas,
Bañado en oloroso ungüento,
Te estrecha, Pirra, en regalada gruta,
Cabe su seno?
¿Por quién sencilla y a la par graciosa
Enlazas las flexibles trenzas?
¡Ay cuando llore tu mudanza el triste
Y tu inclemencia!

Por si alguno —o algunos— de esos versos no suenan bien a nuestros lectores, hemos de advertirles que son versos sáfico-*laverdaicos*-adónicos. El señor Menéndez llama *laverdaicos* a los de nueve sílabas, tales como los ha modificado su amigo el señor Laverde.

No se mete en tantos dibujos don Javier Burgos. He aquí su traducción sencilla y elegante:

¿Quién es el rapaz lindo.
Que rociado de esencias,
En deliciosa gruta
A su seno te estrecha?

¿Es por él por quien coges,
Pirra, en galanas trenzas,
Con sencillez graciosa
Tu rubia cabellera?
El crédulo a quien ora, etc.

Y acaba así:

¡Mísero aquel y triste
A quien sin experiencia,
De tu hermosura, Pirra,
El brillo falaz prenda!
Yo en el templo ya el cuadro
Colgué de mi tormenta,
Y mi ropa mojada
Es de Neptuno ofrenda.

El señor Menéndez:

¡Mísero aquel a quien propicia mires!
Yo libre de tormenta brava
Al Dios del mar ya suspendí en ofrenda
Veste mojada.

Esto será más *latino* quizás. Lo otro es más castellano y mucho más poético. Apelamos al buen gusto de nuestros lectores.

Otro ejemplo.
La oda XII del libro I, dedicada a Augusto, empieza así:

¿Quem virum aut heroa lira, vel acri
Tibia sumes celebrare, Clio?

Traduce el señor Menéndez:

¿A qué varón ensalzará tu lira?
¿A qué deidad tu cítara dorada,
Para que el eco de su nombre suene,
Musa divina,
O de Helicón en los umbrosos bosques,
O sobre el Pindo y en el Hemo frío,
Donde las selvas a la voz de Orfeo
Raudas giraron?
Él con el arte de su madre para
Rápidos ríos, voladores vientos,
Y enajenadas tras sus dulces sones
Van las encinas.

Traduce el señor Burgos:

¿Cuál paladín, cuál hombre
Hoy con flauta o laud cantarás, Clío?
¿Cuál numen, cuyo nombre
Repita el eco, de Helicón umbrío
En el fresco collado,
O sobre el Pindo, o sobre el Hemo helado?
Las montes allí un día
Corrieron a oir de Orfeo el blando acento;
Su dulce melodía
Paró el río fugaz y el raudo viento,
Y a la arrobada encina
Tras sí arrastró su cítara divina.

Para este ejemplo, hemos escogido una de las odas de Horacio peor traducidas por Burgos y de las en que más feliz se muestra el señor Menéndez. Sin embargo, la superioridad de Burgos es indiscutible, como lo es que el señor Menéndez no debía propasarse a verter de nue-

vo esas piezas, y como lo es también que el señor Menéndez Pelayo no merece el nombre de poeta.

Su obras originales, de las que ya habrá ocasión para que hablemos, lo demuestran tadavía de una manera más rotunda y clara. No queremos que el señor Menéndez piense que nos enamora la idea de criticar sus trabajos, y por esto no añadimos a los ejemplos precedentes ejemplos nuevos.

Por lo demás, seguimos manteniendo todos los juicios que ayer emitimos y que nos ha merecido siempre el señor Menéndez; seguimos creyendo que no es acreedor a la reputación literaria que le han fabricado los periódicos carlistas; seguimos pensando que como poeta, como pensador y como crítico la cualidad que más descuella en él es la memoria, cualidad que le permite obtener fáciles triunfos del vulgo dispuesto a aplaudirle.

Como escritor, en general, el gran defecto del señor Menéndez Pelayo ha sido no una falta absoluta de originalidad, como decía Mr. Leger, sino una falta completa de ideas propias, personales y características. Todo lo que sabe hacer y lo que ha hecho hasta ahora por el progreso literario de España el señor Menéndez Pelayo ha sido citar nombres de autores, ediciones de libros y opiniones de eruditos, sin que en ese caos de materiales ajenos aparezca nada que revele un destello de su propio pensamiento. Esto, que nosotros conocemos y que Mr. Leger ignora, bastaba para que no le hubiese mencionado al par que a Valera y Núñez de Arce como representante de nuestro movimiento literario.

(De *El Liberal*, de Madrid, núm. 926, 15 de enero de 1882, página 1.ª).

Esto se comenta por sí mismo.

La Unión, periódico representativo de la Unión Católica, y defensor por tanto de la *Revista de Madrid*, órgano intelectual de la misma agrupación, se regocija de aquella lastimosa peripecia, muy sainete trágico en la vida española de fin de siglo:

Al sutilísimo crítico de El Liberal.

Con razón dijo Cervantes que nunca segundas partes fueron buenas; y menos, añadiremos nosotros con un gran escritor, y pensando en el artículo que publicó ayer *El Liberal*, no habiéndolo sido la primera. En el número del sábado arremetió el diario de la calle de la Almudena contra el señor Menéndez Pelayo, a quien supuso autor de la traducción de dos odas de Horacio, que no había soñado en verter al castellano nuestro insigne amigo, el cual ha dirigido a *El Liberal* la siguiente carta:

«Señor director de *El Liberal.*

Muy señor mío: Escudado con el derecho que la ley de imprenta me concede, ruego a usted que haga insertar en su periódico la siguiente rectificación al artículo que contra mí ha publicado en el número 925 de su periódico:

Afirmo, bajo mi palabra de caballero, que *no es mía ninguna de las traducciones de Horacio publicadas en la «Revista de Madrid»*. Yo firmo siempre todo lo que escribo, y respondo de todo lo que escribo y firmo. Sépalo desde luego *El Liberal*, y cuando quiera censurarme, acuda a mis escritos, impresos *todos* con mi nombre.

De usted siempre afectísimo s. s. q. s. m. b.,

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO.

P. D. Nunca he traducido más odas de Horacio que las que están en mis poesías, donde todo el mundo puede verlas hoy».

Como el crítico de *El Liberal* debe ser hombre de muchos bríos, siguió el consejo que le diera el señor Menéndez Pelayo; buscó las poesías de este nuestro amigo; comparolas con las que escribiera don Francisco Javier de Burgos, y borajeó unas cuantas cuartillas que de veras nos han proporcionado un rato delicioso. Valiérale más al crítico de *El Liberal* no meterse en tales honduras, o dígase en lo que se refiera

al estudio del arte, que decididamente no le llama Dios por este camino. La síntesis del artículo que vió ayer la luz en *El Liberal* es la siguiente: «El señor Menéndez es un pésimo traductor de Horacio; ¡qué felicísimo lo es, en cambio, don Javier de Burgos!».

Y como sospechara el crítico que no habíamos de creerle por sola su palabra, prueba al canto —se dijo para sus adentros— y copió a renglón seguido las traducciones que de la graciosa oda *Quis multa gracilis*, hicieron respectivamente Burgos y Menéndez. Huelga decir ahora que, puestas en parangón ambas traducciones, resulta, a juicio del docto crítico, que Burgos se lleva la palma. Ahora bien; nos ha de permitir *El Liberal* que nos atrevamos a recordarle lo que él, por raro caso, ha olvidado; conviene a saber: que es en Burgos una prueba de mal gusto (censurada ya por el ilustre Andrés Bello y otros) el haber traducido el *Quis multa gracilis* y otras obras del lírico de Venusa en *romancillos cortos;* forma que será muy castiza y muy nacional, pero que es anti-clásica y anti-latina, y con la cual se desfigura completamente la índole de Horacio, aunque a los ignorantes les suene mejor y les parezca más *sencillo y elegante;* como de fijo les parecerían de perlas algunos salmos de David que un judaizante español tuvo la humorada de traducir en *seguidillas.*

Además, amigo *Liberal*, Burgos suele ser terriblemente palabrero, como toda la escuela de su tiempo, y se aleja cuanto puede de la enérgica concisión, mérito principal del poeta venusino. Y el caso está en que con emplear Burgos tantas palabras, todavía se deja cosas del original en el tintero, siendo así que en Horacio no hay palabra que huelgue. ¿Dónde está en Burgos el *multa in rosa* que completa la escena de la gruta? ¿Le parece a *El Liberal* que *deliciosa*, epíteto tan vago, quiere decir lo mismo que *entre rosas?* ¿Y el galicismo de *es por él por quien?*

Vamos ahora a la segunda oda que cita *El Liberal*, en la cual ha empleado nuestro ilustre amigo igual número de versos e *igual número de sílabas* que el original. Burgos, al revés, ha desleído y fraseado como siempre. *Paladín* es voz de caballería de la Edad Media que disuena

sobre manera en una traducción clásica. El *laud* es instrumento moderno que jamás conocieron los antiguos. *Un día*, es ripio. ¿Y en qué oídos, sino en los del redactor crítico de *El Liberal*, pueden sonar dulces y armoniosos estos versos:

Hoy con flauta o laud cantarás, Clío
. . . . . .
Corrieron a oír de Orfeo el blando acento?
. . . . . .

¿Va viendo *El Liberal* a qué queda reducida la *inspiración*, la *soltura* y el *brillo* que admira en Burgos, a quien nosotros, sin embargo, reconocemos mérito insigne en algunas de sus versiones?

«Pero el señor Menéndez es un detestable poeta», nos contestará el crítico de *El Liberal*, imaginándose que las gentes han de creerle porque él diga, sin orden ni concierto alguno, cuatro generalidades. Por lo que hace a nosotros, sepa *El Liberal* que creemos ha encontrado Horacio en Menéndez Pelayo un intérprete tan felicísimo, como que sólo se nos ocurre comparar sus traducciones con las que hizo Jáuregui de la *Aminta* de Tasso. Y una cosa aseguramos a *El Liberal*; a saber: que todas las personas que puedan dar su voto en el asunto, han de confesar que de derecho corresponde a Menéndez Pelayo lugar preeminente en la cima del Parnaso español. Latinista y helenista de primer orden, el señor Menéndez Pelayo; conocedor profundo de varios idiomas modernos, especialmente del francés, inglés e italiano; la singular maestría con que maneja el nuestro y la poderosa intuición con que se asimila la idea de lo bello, hácenle en extremo apto para sembrar con las flores de extrañas literaturas el jardín amenísimo de la poesía española.

Se va haciendo largo este artículo, y fuerza es concluir. Antes de terminarlo paremos mientes en la frescura con que dice el crítico de *El Liberal* que *seguirá creyendo que Menéndez no es acreedor a la repu-*

tación literaria que le han fabricado los periódicos carlistas... Pues, señor, ignorábamos nosotros que colaborasen en los diarios amigos de don Carlos escritores como Valera, que, llevando la voz de la Academia Española, ha dicho que por *poeta* iba a sentarse Menéndez en el sillón que ocupó el llorado Hatzenbusch; Valera, que se holgaba mucho, decía en un largo artículo publicado en la *Revista de España, es dar testimonio ante el público del extraordinario valer literario y poético de nuestro joven y modesto amigo,* y todavía nos sorprende y maravilla más que en los periódicos carlistas saluden con respeto y colmen de alabanzas al joven académico, ilustres publicistas que, como Latino Coelho en Portugal, Fornari y Rajna en Italia, el doctor Lauser en Alemania, Morel-Fatio y el conde de Puy-maigre en Francia, nos envidian al insigne joven, que, mal que pese al crítico de *El Liberal*, es gloria altísima de nuestra patria.

Permítanos el crítico de *El Liberal* que, para remate de estos renglones, digamos con Polibio: «Si no sabéis aplaudir a los enemigos y censurar a los amigos cuando lo merezcan, no escribáis.»

(De *La Unión*, de Madrid, año I, núm. 12, 16 de enero de 1882, pág. 1.ª)

Inserta de nuevo la carta, y por su parte desmenuza la cuestión según su gusto. Es posible, que don Marcelino estuviera detrás inspirando al redactor del artículo.

El redactor de *El Liberal* tuvo a bien no responder directamente; sin embargo, aprovechó la ocasión a su modo y le brindó a don Marcelino este amargo homenaje:

A VUELA PLUMA.

Vis in idem.

El señor Menéndez Pelayo vuelve a sus carneros. Por sí a los portugueses que asistieron a las fiestas de Calderón no les colmó el deseo aquel brindis famoso del jardín del Buen Retiro, ahora que han vuelto

a estar sobre el tapete las cosas portuguesas, saca el señor Menéndez Pelayo de entre los papeles viejos un artículo que publicó hace seis años en un periódico de Santander y lo pone —la ocasión no puede ser más oportuna— entre los trabajos de la *Revista de Madrid.*

Titúlase el artículo en cuestión *Letras y literatos portugueses.* Allá va uno de los párrafos en que el señor Menéndez Pelayo se muestra más echado para adelante:

«La literatura portuguesa no es muy conocida en Castilla (y no digo *España* como muchos, por no incurrir en impropiedad notoria), lo cual no es de extrañar, porque otro tanto acontece con la catalana. Entre nosotros reina manía grande de citar a franceses, ingleses y sobre todo *alemanes*, nada de lusitanos ni de lemosines. Lo de casa es siempre lo más desatendido e ignorado. E incluyo en nuestra *casa* a Portugal, porque a despecho de la disgregación de 1640, continúa siendo tierra española, y obedeciendo conscia *o inconscientemente* a las leyes de la civilización peninsular que no se alteran por intereses estrechos ni artificiales divisiones de territorio. Si llegase a realizarse la unión, no debería adoptarse para los pueblos unidos el nombre desusado de *Iberia*, sino el tradicional y venerado de *España*, con que en los días de Camoens como en el siglo pasado y aun en el presente (Herculano puede atestiguarlo) se ha designado la tierra peninsular.»

Así, así...

¡Alabado sea Dios! Ya era hora de que pareciese por ahí el *espíritu valiente* que echaba de menos nuestro gran satírico del siglo XVII.

Ya era hora de que se pusiera la ceniza en la frente de los diarios de Lisboa que estos días han estado injuriando a España.

A un valiente, otro mayor.

(De *El Liberal*, de Madrid, año IV, núm. 930, 19 de enero de 1882, pág. 1.ª)

Casi quedó esto así. Pero Menéndez Pelayo, herido en su ilusión juvenil de poeta, no podía resignarse a una humildad estéril, que le mordiera su honrilla de traductor florido. Inteligente y cauto, como buen

montañés, se dió a pensar el modo más hábil, sin comprometerse, para responder a la ingenua y desabrida atribución de *El Liberal.*

Sus amigos de Barcelona le *ruegan* una Antología de Traductores Castellanos de Horacio; y tornaron *a rogarle* se incluyera a sí mismo, como traductor. Los de *El Liberal* le habían negado este buen tono de traductor y en buena hora se habían atrevido a compararle con Burgos. No es que don Marcelino se creyera mejor que Burgos, al que había juzgado excelente; pero tampoco se resignaba a rendirle un sumiso culto de fetiche improvisado. Burgos era muy buen traductor; pero a *trozos,* claro está; *otros*, eran iguales o superiores. Para ejemplo la *Selección de Traductores de Horacio*, editada en Barcelona bajo la dirección de Menéndez Pelayo, 1882.

Hasta qué punto llegó esta rencilla picaresca de *literaturas y no literaturas*, nos lo refleja esa reticente omisión de don Marcelino. Según *El Liberal*, la traducción de *Quem virum...* era la más afortunada del señor Menéndez. Pues bien, esa traducción no se incluye en la antología de Menéndez Pelayo, y sin embargo pone bien en su lugar, la peor, rebuscada y palabrera, según los de *El Liberal*, *Quis multa gracilis...*

No sin admiración observamos que esta polémica no vuelve a reaparecer por ningún escrito del maestro. Sus amigos olvidaron pronto aquellos sucesos *puramente literarios*, más atentos en sus polémicas sostenidas contra *El Siglo Futuro.* Y los demás nada sabíamos hasta la presente carta.

Don Tomás Maza Solano ha insistido recientemente, sobre este punto:

«Otro trabajo literario de Menéndez Pelayo que hemos de consignar aquí, como publicado en 1881 en la *Revista de Madrid* (t. II, páginas 440-441,) es la traducción de la Oda XIX del libro II de Horacio: *Bacchum in remotis carmina rupibus*, *etc.*, cuyo primer verso es:

Baco entre peñascos escondido...

No hemos visto citada esta traducción de don Marcelino, de la Oda

de Horacio, ni por Artigas ni por Bonilla, ni se ha incluído en ninguna de las varias ediciones de poesías de Menéndez Pelayo analizadas por Bonilla en su *Bibliografía*, y tampoco en los dos tomos de *Poesías* de la *Edición Nacional* de las *Obras completas*.

Lo mismo hemos de decir de la traducción hecha por don Marcelino de la Oda VI de Horacio, del libro II: *Septimi Gades aditure mecum, etc...*, que se publicó también en la *Revista de Madrid* el citado año de 1881, pág. 535». (*Altamira*. Revista del Centro de Estudios Montañeses. Santander, 1956, págs. 63 y 64).

Es natural que esta confusión en persona de tanto crédito, sea debida al silencio doblemente intencionado de adversarios y defensores. Don Marcelino no quiso insistir, tal vez por deferencia al verdadero autor de aquellas traducciones desafortunadas.

Sin embargo, al estudiar este asunto, hemos podido comprobar que la cuestión estaba clarísima, aun sin la referida carta.

Entretenido Menéndez Pelayo con sus *Heterodoxos*, no tiene tiempo para preocuparse de sus traductores, a los que intenta revisar de nuevo. Muchas cartas de hispano-américa le estaban reclamando su atención, pero don Marcelino no se dejaba ganar fácilmente. Estos años de 1882-1885 son prietos para el maestro, que ha de pensar en muchas cosas, y sobre todo convivir en aquella sociedad pulquérrima de académicos, políticos y aristócratas. Hacia el mes de agosto, 1883, don Marcelino torna sobre su *Horacio en España*. Redacta su Advertencia, añade la sección de hispano-américa y amplía las fechas anteriores con una visión profunda de hombre a sus veintinueve años.

En estas circunstancias, resuelve la cuestión planteada desde la polémica de *El Liberal*.

Con máxima honradez y delicadeza nos dice cuáles son sus únicas traducciones del poeta venusino, y nos aclara el nombre desconocido de aquel buen señor M., maltratado por los de *El Liberal*.

«Ultimamente el que esto escribe, ha interpretado en verso caste-

llano, el *Carmen saeculare* y las odas *Quem virum aut heroa* y *Quis multa gracilis*. Dice así el primero:

Oh siempre honrados y honorandos Febo
Y tú, Dïana, que en los bosques reinas,
Lumbres del cielo, en estos sacros días
Gratos oídnos.

No habrá mucha modestia en esta cita, pero al cabo es una traducción más y acrecienta el catálogo». (Ed. Nac., tomo XLIX, pág. 160).

Es una ejemplar reafirmación, llena de modestia y entereza, de su honrada palabra de caballero, según la carta que acabamos de comentar. Nada dice del incidente ocurrido con los de *El Liberal*, pero dentro de su exquisita caridad cristiana, no podía ocultar tampoco la firma del señor M., pues al fin y al cabo era un traductor de Horacio.

No cabe la menor duda que don Marcelino calló el nombre del encausado por tratarse de un religioso, y como lo único intentado por *El Liberal* era su desprestigio, nada se conseguía echándole la culpa a aquel buen Padre de la Compañía de Jesús y malparado traductor del venusino. Las razones de *El Liberal* para atribuirle tales traducciones, parecían sumamente llenas de ponderación. Tanto es así, que a pesar de la carta y todo, le queda al crítico una vaga sospecha de quién pudiera ser el señor M. Sin embargo, transcribimos las palabras sobrias y honradas de don Marcelino Menéndez Pelayo:

«En el tomo II de la *Revista de Madrid* se publicaron con las iniciales M. M. (P. Miguel Mir, de la Compañía de Jesús), traducciones de estas odas.

Septime Gades aditure mecum y *Baccum in remotis carmina rupibus*.

Mas aun se ve obligado a redactar la ficha correspondiente a Burgos como traductor de Horacio. Era en realidad insistir sobre aquella tragicómica peripecia de *El Liberal*.

Son deliciosas las variaciones de don Marcelino en torno a este mismo autor, y al mismo tiempo nos reflejan el quehacer laborioso de

un hombre que se perfecciona y la torpe realidad de esta vida andariega.

En 1874, diecisiete años, había escrito Menéndez Pelayo este juicio sobre don Javier de Burgos:

«Pero la traducción superior en general a todas las españolas y no inferior a ninguna de las extranjeras, es la que hizo don Francisco Javier de Burgos. La primera edición es de Madrid, 1821. Reimprímese en la magnífica políglota de 1834, publicada por Montfalcon, Salvá la reprodujo en París en 1841 y el mismo autor hizo una segunda impresión en 1844, introduciendo en su texto variantes importantísimas y casi siempre acertadas. Consta de 4 tomos, los dos primeros contienen las odas, el tercero las sátiras y el cuarto las epístolas. A la traducción acompaña un extenso y luminoso comentario, trabajo admirable de singular erudición y estudio. *La versión está hecha en variedad de metros y el traductor maneja todos ellos con igual facilidad y soltura.* El espíritu del original está admirablemente comprendido y perfectamente interpretado. Sólo un poeta puede traducir a otro poeta, porque el genio se comunica al genio ¿Qué podremos decir en elogio de la traducción de Burgos, monumento de gloria para la literatura española? ¿Qué podremos decir en elogio de este modelo de traducciones, a cuyo lado sólo pueden ponerse el *Amiuta* del Tasso, traducido por don Juan de Jáuregui y la *Tebaida* de Estacio, por el licenciado Juan de Arjona? Basta conocerla para admirarla. Véase la oda 11.ª del libro III...» (Autógrafo en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, fechado en Madrid, 12 de marzo de 1874).

Cuando en 1876 comienza a preparar su primera edición de Horacio en España, con veinte años, atenúa cauteloso su admiración sincera.

«Al poner en olvido este (el de don Felipe de Sobrado) y la mayor parte de los trabajos anteriores vino la traducción completa y admirable de don Javier de Burgos, igual o superior a las mejores extranjeras. Hízose la primera edición en 1819-21, reimprimiose en 1834 en la políglota de Montfalcon (Lyon, por Louis Perrin); reprodújola Salvá en

1841 (París por H. Fournier), y el mismo autor hizo en 1844 (Madrid, por Cuesta) una segunda edición, que puede estimarse como obra distinta; tantas son y tan importantes y casi siempre atinadas las enmiendas en el texto, y tanto ganaron en amplitud y riqueza los comentarios e ilustraciones. De cuatro tomos consta el *Horacio* de Burgos, abrazando los dos primeros las *odas*, el tercero las *sátiras* y el cuarto las *epístolas*.

A la traducción acompañan buen número de anotaciones, trabajo de erudición, sagacidad y buena crítica, libre de todo fárrago, aunque nada falte de lo esencial para comprender el texto y penetrar el espíritu del poeta de Venusa. La versión está hecha en variedad de metros, que el traductor maneja *casi siempre* como verdadero maestro. Era la dote principal de su ingenio, como del de Jáuregui y otros poetas traductores eminentes, una facilidad maravillosa para asimilarse las ideas y el sentimiento ajenos, y una destreza incomparable para modelar la forma al compás de extrañas inspiraciones, pasando facilmente y sin violencia de un orden de pensamientos y de pasiones a otro, inspirándose al contacto animador de las páginas de un libro y volando luego con el autor, ora suba, ora descienda, sin rendirse ni desfallecer un solo instante. Hay quien niega el nombre de poetas a estos ingenios *reflectores* (si vale la expresión), cuya dote más señalada es la tersura y limpieza en las formas; yo no: creo que la inspiración puede venir *de dentro* como de *fuera*, y que hay inspiración en ciertas traducciones es indudable.

. . . . . .

. . . . . .

El tono dulce y templado de las *Odas morales* pasa con no menor pureza y halago a las traducciones de Burgos, y si en obra tan excelente como la suya fuera posible establecer distinciones, diría que es en donde más agrada y donde más *horaciano* me parece. Superiores dificultades ofrecían las *sátiras* y las *epístolas*, intactas aún, la mayor parte en castellano, cuando Burgos escribía, y llenas de bruscas o rapidísimas transiciones, de giros extraños, de frases oscuras, de alusiones a cosas

recónditas y apartadas de la común noticia. El trabajo empleado para superar estas escabrosidades fué grande, y el resultado tan completo, que si no es esta parte la más brillante del libro de Burgos, es, a lo menos, la más digna de loa, la de mayor estudio y la que debe interesar no sólo a nuestros humanistas, sino a los extranjeros, pues gracias a los esfuerzos del traductor castellano, vemos hoy claros el enlace y trabazón de más de una pieza no entendida sino a medias por los anteriores comentaristas, y penetramos bien el sentido de muchos versos tenidos por inextricables y dudosos. En la parte de estilo, de lenguaje y de metrificación son tan esmeradas estas traslaciones como las de las *Odas*, y trozos hay en ellas dignos de los hermanos Argensolas y de capitán Andrada, autor de la incomparable *epístola* hasta hoy atribuída a Rioja. Las notas son mucho más numerosas y extensas en los dos últimos tomos de la obra de Burgos que en los primeros, y ofrecen mucha novedad y verdadero interés crítico y filológico. En conjunto, este *Horacio* (*aparte de alguna que otra interpretación más o menos discutible, y de tal cual versión no igual en mérito a las restantes*) es el libro que más honra a nuestros latinistas, la mejor traducción de clásicos que poseemos, quizá la mejor de cuantas se han hecho de Horacio en lengua neo-latinas, y por todos conceptos una de las joyas más preciadas y envidiables de nuestra moderna literatura». (*Horacio en España. Traductores y comentadores. La poesía horaciana. Solaces bibliográficos*. Madrid. Imp. Central. [1877], págs. 106-110).

Al surgir la polémica y verse comprometido, redacta esta tercera variante:

«Queda la traducción de Burgos, trabajo ciertamente de primer orden, digno de ponerse al lado de los mejores que otras naciones ostentan. Pero el libro de Burgos está en todas manos y su reproducción no hubiera ofrecido novedad alguna. Además, sin convenir yo con la durísima sentencia de Andrés Bello, que llamaba a Burgos *mal traductor y excelente comentarista de Horacio* sin suscribir en lo más mínimo esta apreciación del crítico venezolano, que tengo por hija de la pasión

más que de estudio detenido; poniendo yo sobre mi cabeza algunas traducciones de Burgos, especialmente las que hizo en versos sáficos, dos o tres de las cuales, v. gr. el Septimi Gades, el Laudabunt alii, el Mercurix nam te, el Pyndarum quisquis, tengo hasta por insuperables, todavía no dejo de reconocer que la excelencia que alcanza Burgos en conjunto, flaquea algo si se le examina en los pormenores que la palma que tan liberalmente se le otorga entre nuestros intérpretes de Horacio la merece sólo por sus buenos trozos y no por muchas odas prosaicamente traducidas y debilmente versificadas, que sólo trasladó por el compromiso en que se había puesto al traducirlo todo. En este mismo libro se notarán algunas suyas muy flojas que sólo hemos puesto obligados por la penuria antedicha.

Téngase en cuenta además, que Burgos, hijo del siglo XVIII, educado en el gusto de su tiempo y con las doctrinas y los libros de la escuela clásica francesa, no veía la antigüedad cara a cara, y con la independencia con que la vemos hoy, y fuera de los casos en que el haber elegido los mismos metros del original o alguna feliz inspiración de su gusto exquisito le hacían ser más sobrio y ceñido al texto, no puede decirse que tradujera a Horacio como hoy se le puede y debe traducirse, ni que le diese propio y nativo color; antes le disfigura de continuo con afeites y elegancias modernas, y aun con extraños anacronismos de dicción, por donde su traducción, con ser obra de inmenso estudio y a la vez tesoro de lenguaje poético castellano, merece en muchas ocasiones el nombre de *bellá infiel* que en Francia se dió a ciertas traducciones de Luciano. Burgos parece que huye temeroso de toda expresión sencilla, pintoresca y cruda, de todo latinismo o helenismo robusto, de toda transición brusca, de todo final duro, y con más ahinco de todo pormenor o comparación realista tomada de la vida común. De aquí que muchas veces el enérgico decir de Horacio, que al fin es poeta *antiguo*, aunque no sea ciertamente poeta primitivo, sino cultísimo y refinado, se convierte, al pasar por las manos del traductor, en un decir muelle, lánguido y enervado, que suena a madrigal francés, a anacrón-

tica de Meléndez o a aria de Metastasio. Hasta los metros cortos, de que tanto usa y abusa, contribuyen a esto y acaban de dar carácter español y moderno a composiciones que por ningún lado pueden ni deben tenerle. De aquí la necesidad de no limitarnos a Burgos, sino reproducir de él las odas mejores, y emplearle además para remedio de las faltas de todos los otros».

(*Bibliografía Hispano-Latina* V. p. 11-12. Edic. Nac.)

Como buen erudito, sabía que este era su mejor argumento en contra de *El Liberal*, pero por ser un tanto equívoco, le parecía más elegante y discreto: primero, reclamar la inserción de su carta en *El Liberal*, según el derecho que le asistia por la Ley de Prensa; y segundo, exponer discretamente algunas traducciones mejor logradas que las del señor Burgos, ídolo de *El Liberal*; y como sentida ironía, un silencio estoico, muy a tono con aquel absurdo desafuero literario y político, del que sólo la ceguera partidista puede darnos alguna explicación.

Por fin en 1885, con sus veintinueve años, al reeditar su obra, incluye su juicio anterior pero nos anota muy oportuno y significativo:

«No todos juzgaron de esta manera la traducción de Burgos, cuando aun no había pasado sobre ella la sanción del tiempo. Prescindiendo del maldiciente Gallardo, que acusa al célebre ministro de Fomento de haber convertido un Horacio flaco en un Horacio gordo, no quiero ni debo omitir la crítica mucho más razonada, aunque harto dura, que el eminente filólogo Andres Bello publicó en 1827 en el *Repertorio Americano*. Íntegra la hallará el lector entre los apéndices de este volumen, y sin necesidad de conformarse con todos los asertos de Bello, admira como siempre su prodigiosa sagacidad de gramático. Entre la durísima sentencia de Bello, que viene a llamar a Burgos *debil traductor y excelente comentarista de Horacio* y mi opinión laudatoria de 1877, hay, a primera vista, un abismo, pero si se repara que Bello templa mucho la severidad de su juicio, reconociendo que toda traducción de Horacio tiene que ser una imperfectísima representación del original, y que nin-

guna nación puede gloriarse de haber trasladado con algún éxito a su idioma las sátiras y las epístolas del Venusino, lo cual no quita a ninguna de estas traducciones el tener aciertos y bellezas propias y su valor individual, consideradas como obras poéticas, si se repara además que Bello se encarniza con una de las traducciones más endebles, la del Aequam memento, al paso que cita como de las mejores otra enteramente insignificante, la del Cum tu Lydia, olvidando del todo las que Burgos hizo en versos sáficos.... no parece tan difícil en el fondo concordar dos juicios a primera vista tan encontrados, reconociendo yo de buen grado que la excelencia que alcanza Burgos en conjunto, flaquea algo, si se le examina en los pormenores...»

(*Bibliografía Hispano Latina.* VI pág 139-141).

Palabra de caballero que supo ponerse la ceniza sobre su frente. Caballero ante todo, pero habilísimo además en su respuesta, nos remite complacido a la crítica de Andrés Bello, inserta al final de su propia obra. Era un modo discreto de evitar una situación molesta y desairada.

Transcurrieron muchos años antes de que don Marcelino volviera a intentar una refundición de su inacabable obra. Por el año 1902, cuando de nuevo intenta revisarse antes de penetrar en la edad oscura de una vejez anticipada, su *Horacio* se torna Ficha, una Ficha amplia y densa que abarca nuevas y radicales direcciones. Su positivismo histórico en el campo de la investigación había llegado a un máximo de afinación y rigorismo. Ya no se trata, como un ensayo primitivo, de unos *Traductores de Horacio*, 1874, ni de una *Historia del horacionismo en España*, 1877. En 1902, con sus cuarenta y seis años pesándole sobre sus hombros, piensa en un *Horacio.* Su *Horacio*, íntegro, arrollador, vivo y exacto como sus poesías.

Este nuevo Horacio está concebido con una estructura más tensa y firme. Códices, ediciones, comentarios, traductores, imitaciones, reminiscencias y misceláneas. No hemos de olvidar que esta oportunísima

revisión sólo se nos quedó en la portada de sus primeros pliegos para la *Bibliografía hispano-latina.*

Las fichas y apuntes sueltos que sobre este particular se nos conservan, son meros papeles, de los cuales muchos ya habían sido utilizados en la 2.ª edición del *Horacio.* Carecemos de fundamento para reconocerlos como posible 3.ª edición de aquel su *temerario* intento de adolescente. Sin embargo, pueden sernos útiles para aclarar el tema discutido por los de *El Liberal* y los de *La Unión.*

El tema literario que esta rencilla supone, difícil es de aclarar sin dar un amplio rodeo por los campos de la Estética y la Poesía.

Toda traducción supone un revivir el inspirado quehacer del artista en esos momentos arcanos de la creación del Arte. Modular, bruñir esos escorzos linguísticos, que se llaman versos, supone un trabajo minucioso y frágil, que en el poeta casi son imperceptibles. Tan es así, que para nuestros mundanales oídos, sólo son perceptibles esas armonías impalpables que nos deleitan el espíritu sin poderlas apretar entre nuestros labios. No sólo el acento oportuno y cadencioso, la rima insinuante, el entrelazarse amigo de los versos unos entre otros, y esa extraña melodía, siempre acariciando las estrofas, nos hablan del poeta, sino, ante todo, las palabras llenas, exactas, deleitosas, puestas en su momento codicioso, apretadas y firmes a la espera de nuestros ojos entretenidos.

Si a esto añadimos la exigencia del traductor que ha de transmitirnos un regusto arcaico, puro, peregrino, se nos ha de entorpecer la mano al traducir, porque nos hemos de salir, saltar de nuestras vidas torpes a las muertas de los que han pasado.

Estos dos aspectos, el *verso y la palabra*, fueron ocasión de muchas andanzas para don Marcelino.

Al redactar la ficha de Villegas, para su *Biblioteca de Traductores*, don Marcelino se nos enfada al hablar de la cuestión del sáfico y del adónico. Tenía apenas diecisiete años. En sus apuntes para la Métrica. (*Est. Critic.* Lit. VI. págs. 405-439.) reitera su entusiasmo por aquellas

sus sabrosísimas formas clásicas. Todos sus años jóvenes se entretuvieron con el soniquete del verso adónico, que le recreaba sus oídos como un leve rumor de viejos tiempos. Son los de *El Liberal* los que se ensañan con esta timidísima estrofa, sarcásticos con su horrible nombre: sáfico-laverdaico-adónica.

(1.ª estrofa traduc. M. P. Quis multa.)

¿Qué tierno niño entre purpúreas rosas,
Bañado en oloroso ungüento
Te estrecha, Pirra, en regalada grupa,
Cabe su seno?
¿Por quién sencilla y a la par graciosa
Enlazas las flexibles trenzas?
¡Ay cuando llore tu mudanza el triste
Y tu inclemencia!...

La sonrisa irónica de *El Liberal* no le aplacó sus fervores clásicos. Verdad es que ya no compuso más traducciones; hacía mucho que las tenía abandonadas. Sin embargo, no pierde oportunidad para alabar los sáficos por cualquier rincón que se le presente. Sea Garçao, pulcro e innovador, Moratín, Meléndez o Cabanyes, todos le recrean su espíritu con las estrofas bien trazadas del sáfico sonoro y comedido.

Al redactar su segunda edición de *Horacio*, 1885, mantiene su fidelidad al verso clásico, si bien sus entusiasmos laverdaicos ya no asoman. Al hablar de Burgos, precisamente, se lamenta de esas formas modernas de romancillos, muy ajenos a la pulquérrima cadencia de los versos clásicos.

A partir de esta fecha, es cuando nuestra investigación toma forma de sortilegio. Don Marcelino se nos desparrama entre mil notas y comentos difíciles de trabar, pero sabrosísimos.

La edición nacional nos ha guardado los mil papeles desgarbados, pero fecundos, que reflejan las últimas variaciones del maestro.

Hacia 1886, hombre de treinta años, muy señor de Academias y de Congresos, Menéndez Pelayo repasa las hojas que sobre Pombo tenía

dormidas entre los cartapacios. No le gustaban los cuartetos asonantados del señor Pombo, y menos aún los endecasílabos de Acuña de Figueroa. (B. H. L. IV. págs. 341). Dos años más tarde, 1888, al citarnos los versos de Pesado, se queja de esas enrevesadas combinaciones de endecasílabos con exasílabos. (Idem. pág. 198.) Sin embargo, los versos sáfico-adónicos de Micheo le recuerdan sus años mozos, de traductor y de poeta. (Idem. pág. 273.)

Tenía don Marcelino cuarenta años, cuando, sin poderse contener, (eran papeles privados) escribe:

¡Mala suerte ha tenido esta oda en castellano! Ninguna de las versiones que he visto de ella me satisface. La presente es una insípida anacreóntica, como nota muy bien el general Mitre, que sin embargo no lo ha hecho mucho mejor que sus antecesores. Fué desacertado en Acuña de Figueroa, como en Burgos, emplear el heptasílabo para traducir una oda compuesta en estrofas sáficas, cuya imitación es tan natural y fácil en castellano.

El final es ciertamente malo e indigno del enérgico rasgo de humorismo bilioso.

(*Bibliografía Hispano Latina.* IV p. 425).

En la corrección de palabras inexactas, truncadas, desleídas, es Menéndez Pelayo un inagotable observador. Más de 117 anotaciones he podido clasificar sobre este punto en sus papeles sueltos, recogidos en el tomo IV de la *Bibliografía Hispano Latina.*

Buscar la palabra exacta, plena, deleitosa para cada verso, lleva consigo una intensa avidez espiritual, arrebatada y sublime, que nos arrastra incontenible hasta la expresión estética anhelada.

Para el traductor, este quehacer tiene el reverso de una rememoración, un revivir pasado, adormecido, con la constante preocupación de no tropezar ni con el ingenuo anacronismo, ni con el arcaimo rebuscado. No ya una exactitud lingüística, gramatical, sino, ante todo, el imprescindible encontrar la transmisión fiel y estética del intento original.

Al responder *La Unión* sobre estos puntos, coincide exactamente con las ideas que manifiesta don Marcelino. Burgos, más de una vez, incurre en esa ingenuidad del anacronismo, llamando por ejemplo paladín romántico al clásico héroe, y haciendo sonar el laúd, cuando aun no existía.

Da gozo oir a don Marcelino chancearse del general Mitre en las mil ocasiones que se le ofrecen.

Por ser deshilvanado y suelto este sumario de correcciones, creo más prudente remitirle a la apetecible lectura del que siente estas latinidades.

No se nos tome a mal este recuerdo desgarbado y tropezón, que hemos intentado. Es muy don Marcelino Menéndez Pelayo, para que uno no se sienta amigablemente comprometido por todas sus lecciones; y en ésta, lo fué de veras: maestro.

MODESTO SAN EMETERIO COBO.

Ampuero, 25 de marzo de 1958.